



Segundo Premio
María del Rocío Pérez Cabezas
por su obra "La cartilla"

**Jóvenes
Artistas**

Castilla-La Mancha
2009

Relato

Jóvenes Artistas

Segundo Premio

María del Rocío Pérez Cabezas

1980, Zamora

• rocisiux@yahoo.es

Formación

• **2003** Diplomatura en Turismo E. U. de Educación de Ávila (Universidad de Salamanca).

Cursos

• **2003** Curso Superior de Gestión de Empresas Turísticas. Ávila. | Descentralización Productiva y Mercado de Trabajo. Ávila.

• **2002** Implantación de Sistemas de Calidad en Alojamientos Turísticos, Ávila. | Modelos de Gestión Turística en Ciudades Patrimoniales. Ávila.

• **2001** Implantación de Sistemas de Calidad y Gestión Ambiental en Alojamientos Hoteleros, Salamanca. | I Jornadas de Turismo Rural. Valladolid. | IV Jornadas de Derecho y Turismo, Ávila. • **2000** Información Turística, Ávila.

Experiencia laboral

• Actualmente trabaja de Agente de Empleo y Desarrollo Local en el Ayuntamiento de Lagartera (Toledo).

• **2007** Dependienta/administrativo (Compras) . Outro S.L (Orense)

• **2006** Auxiliar Administrativa. Unidad de Vehículos Industriales (Orense). | Dependienta Textil. Los Telares (Orense).

• **2005** Dependienta de arte, decoración y hogar. Pórtico Básico. (Orense) | Ayudante Recepción. Parador de Turismo de San Esteban de Rivas del Sil. (Orense).

• **2004** Ayudante de Recepción. Parador de Turismo de Puebla de Sanabria (Zamora). | Ayudante de Recepción. Parador de Turismo de Zamora. | Ayudante de Recepción. Parador de Turismo de Sos del Rey Católico. (Zaragoza).

• **2003** Ayudante de Recepción. Parador de Turismo de Sos del Rey Católico. (Zaragoza). | Prácticas en Recepción. Parador de Turismo de Zamora.

• **2002** Camarera. Restaurante Carlos III. Ajo (Santander).

• **2001** Camarera. Residencia Los Tres Árboles. Zamora.

La cartilla

- ¡Manuela! ¡Manuela! ¿¡Dónde está el tocino!? Pedrito está jugando fuera.

- El tocino estaba muy seco y lo tiré al guarro. Aquí tienes los garbanzos. - responde Manuela sumisa. Su marido Julián, el Calamorro, la mira con desprecio.

- A partir de mañana me quedo con Eusebio en la era. Échame la manta de la cama y un poco de pan. Tenemos que empezar con el trillado y vamos a dormir en el establo.

- Pues si dormís en el establo, podías dejar la manta aquí, total, Eusebio lo tiene lleno de ovejas, no hará mucho frío allí – Manuela intenta razonar.

- Manuela, déjame la manta y arrímate tú a las ovejas si quieres. Además, con el brasero encendido todo el día como lo tienes tú, gastando siempre toda la leña, no creo que pases frío. ¿O es que tengo que pasar yo frío para que tú estés aquí sudando? Si has gastado toda la leña, lo hubieras pensado mejor. No haces más que derrochar, mujer.

- ¿Cómo derrochar, Julián? Si la pongo sólo a la hora de comer, para que puedas dormir algo de siesta caliente cuando vienes. El resto del día que no estás está siempre apagada.

- ¡Vamos! ¡Te atreves a echarme la culpa a mí! ¿Quién está aquí en casa holgazaneando todo el día? Tú y ese maldito crío. Yo no tengo tiempo ni de echar una rama a la chimenea. Me robas la leña, el picón, el dinero... ¿Y el tocino, eh? ¿Seco? La semana pasada cogí un trozo para unto y estaba bueno. Seguro que ha sido Pedro, ¿verdad? Se lo has dado a ese zascandil perezoso, que no hace otra cosa más que gandulear y zampar. ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Ven aquí ahora mismo! Julián se levanta de la mesa en busca de su hijo.



Jóvenes Artistas

- ¿Sí, padre?

- Ven aquí hijo – con una sonrisa maliciosa se acerca y le coge de la oreja –. Estaba bueno el tocino, ¿verdad? Seguro que hoy te desayunaste el último cacho. – Julián empieza a tirarle de la oreja y a quitar la sonrisa y Pedro empieza a predecir lo que le espera.

- No, de verdad, padre. Hoy desayuné donde Juan, un poco de leche. De verdad que no me comí el tocino.

- ¿Leche, eh? Así que en casa de Juan hay leche. ¿Y a qué tienes que ir tú a casa de Juan? ¡Si aquí no te dan de comer es culpa de tu madre! ¡Pregúntale! ¡Pregúntale a ver qué ha hecho con el tocino! Y siéntate a la mesa. ¿No te gustan los garbanzos? Porque aquí no tenemos leche – Julián le da el último tirón de orejas al niño hasta que le hace casi llorar.

- ¡Deja a la criatura, ya te he dicho que estaba seco! Fue a casa de Juan a por un recado que tenía tía Fabri para él, y de paso le dio algo de leche. Ni siquiera desayunó aquí – le justifica Manuela.

- Mañana, Pedro, te vienes conmigo a ver a Marcelo, antes de que me vaya. Necesita ayuda para recoger la aceituna, y te vas a ir con él un par de días.

- ¿Pero cuando? ¿Mañana? – se altera Manuela.

- Sí, mañana, mujer, no creo que tenga nada mejor que hacer aquí – rebuzna Julián –. Pero esta vez Pedro, las aceitunas las echas al cuartil, ¡y no a la suela de los zapatos, te enteras! – le da una colleja sonora al niño –. Anda come algo, no quiero que mañana te sientes llorando a media tarde como un milindres.

Pedro come los garbanzos despacio, temiendo otra torta de su padre.

- ¿No los quieres comer? Claro, si llevasen tocino, ¿verdad? Como el que te has zampado esta mañana – Julián hace el amago de darle otra vez.

- ¡Deja ya al crío! – Manuela intenta defenderle –. Qué pesado con el tocino

–murmura entre dientes.

- ¿Cómo has dicho? – Julián la había entendido perfectamente.

- Nada.

Manuela se levanta de la mesa y recoge su plato vacío y limpio. Ya comerá algo más tarde.

Julián mira a Pedrito remover los garbanzos con la cuchara comiendo muy despacio.

- Pedro, vete a la troje y bajas algo de picón para tu madre. Luego me traes la llave.

- Pedrito, hijo, termina de comer primero – le susurra Manuela.

- ¡He dicho que vaya ahora! Cuando tenga hambre de verdad que venga a comer.

Pedrito se va de la sala a la calle y sube las angostas escaleras a la troje. No soporta ver a su padre en casa. Cuando tiene que llevar algún recado para él y va a la era, se comporta de otra manera, delante del resto de hombres, pero en casa, no para de vociferar como un loco, y no le gusta ver la cara de su madre cuando él está cerca. Manuela es siempre muy dicharachera, alegre, distraída, abierta. Cuando Julián está con ella, adopta siempre esa posición sumisa, cabizbaja, cansada, agotada más bien, y esa mirada perdida, ausente.

Cuando Pedrito llega a la troje se da cuenta de que el picón es más bien escaso. Por lo que ve, no llegará hasta el mes que viene, y aún quedan muchos meses de frío. Si al menos pudieran tapar las malditas goteras de la cocina, quizá no hiciese tanto frío. La humedad subía ya hasta un tercio de las paredes de la planta baja. Cogería algo más de la mitad. Con un poco de suerte, podría robar algo del camión de reparto, si no volvían a pillarle. Pedro se acaricia la espalda recordando los golpes de la vara de olivo de la última vez. Coge el saco roído y empieza a meter el picón algo distraído, contando cada trozo. Parece que las cosas abajo se han calmado. Termina,





Jóvenes Artistas

y al salir, amaga con echar la llave, aunque deja la cerradura abierta. Baja las escaleras despacio. Cuando va a entrar en casa, su padre le espera en la puerta.

- ¿Has cerrado?

- Sí padre. Aquí está la llave – Pedrito se queda mirando a su padre a los ojos tendiéndole la llave mientras él le mira fijamente sin inmutarse.

- ¡Mientes! ¡Maldito embustero! ¿Qué pretendes? ¿Robarme tú también? Demonios de crío.

Julián le aparta de un empujón que casi le tira al suelo y echa el cerrojo.

- ¡Devuélvame la llave, padre! ¡Por favor! ¡Cogí muy poco! – suplica Pedro.

- ¡Aparta, gandú!

Julián guarda la llave y sin querer da un codazo al crío en la nariz. El muchacho queda de pie en la puerta de la sala mientras su padre sale a la calle para volver al trabajo. Hoy tendría que recoger toda la herramienta y cargarla para llevársela mañana.

- Madre. Se ha llevado la llave – se disculpa Pedro.

- Lo sé, hijo. No te preocupes. Aquí hay picón de sobra para el brasero – miente condescendentemente Manuela.

- Madre, no es verdad. No podremos tener brasero para todo el mes. Pero yo lo arreglaré, no te preocupes – Pedrito sale corriendo a la calle con el semblante muy serio.

- Este muchacho, parece mentira que sea hijo de quién es.

Manuela va a la habitación y abre el arca. Casi nunca lo abre en presencia de Julián. Él no sabe muy bien lo que hay ahí dentro, y tampoco parece importarles mucho. Cuando se casaron, metió casi todos los regalos de la boda allí. El mantel de su abuela, con la cenefa en azul, como le gustaba a ella, el vestido que le regaló su

hermana, la pobre, casi no pudo ponérselo antes de llevar el luto, y la manta de su madre, esa manta nueva que le había comprado con toda la ilusión. Tiene grabado en su memoria el momento en que las invitadas de la boda entraron a la casa, para ver la cama de la novia. La colcha estaba impecable, había puesto el mantel colocado en el taquillón de la habitación, apoyado contra la silla, algo estirado, para que se viese bien el bordado. En el armario, abierto, había colgado el vestido de su hermana y algunas cosillas que tenía de buen ver todavía, y debajo la manta de madre. Le dio mucha pena que no pudiera verse bien, pero aún así la gente quedaba maravillada cuando entraba. Todos eran conscientes de los esfuerzos que sus padres habían tenido que hacer para sacar a la familia adelante, las complicaciones que tuvieron con la dote, y aún así, estuvieron pletóricos de felicidad los tres días de boda.

La manta no estaba muy dañada por la humedad y el paso del tiempo. Casi no la había dado uso, y Julián ni se acordaría ya de esa manta. Por supuesto que no era esa la que le iba a dar para cuando se fuera con Eusebio. La llevó para la cocina, la apoyó en una silla al lado de un paquete envuelto en un trapo algo grasiento, salió al patio y abrió la puerta del pozo que daba al patio de Aurora.

- ¡Aurora! ¡Buenas tardes! – gritó Manuela para ver si estaba en casa.

- ¡Buenas tardes! – respondía Aurora saliendo de la casa.

- ¿Habéis terminado ya de comer?

- Bueno, hemos hecho lo que hemos podido – rió aurora con su buen humor característico.

- Ay, Aurora, menos mal que se marchó ya Julián. Dice que se va con Eusebio, mañana. Se va a pasar antes a ver a Marcial, para que se quede Pedrito con él en la recogida. ¿Mandaste tú ya a los tuyos a ver a Marcial?

- Sí, ya fueron a verle. Dice que estarán dos días, como mucho. Pero mujer, algo es algo.

- A ver si respiro un poco al menos hasta el mes que viene, con Julián fuera. Qué cruz, mujer, qué cruz.



Jóvenes Artistas

- Bueno, Manuela, ya sabes que estos hombres son así. El mío era más bueno, eso sí, hasta que se iba con Julián al bar. Entonces yo no sé que le daría que se volvía igualito a él. De verdad que te entiendo, Manuela. Cuando se fue, que Dios le tenga en su gloria, me salió del alma decirle: "que vayas con tanta paz como descanso dejas, hijo."

Ambas mujeres echaron a reír.

- Pues eso pienso yo, Aurora, eso pienso yo.

- Que una mujer tiene que descansar también de tanto hombre. Ya está bien. Yo desde luego, bien lo sabés tú, que me quedé muy agusto, que Dios me perdone por lo que estoy diciendo.

- Aurora, te tengo que pedir un favor muy grande.

- Tú dirás mujer, en lo que esté de mi mano... - Aurora entonó la frase con algo de queja.

- De verdad que no te lo pediría si no fuera necesario, Aurora, pero no es para mí, es para Pedrito. Necesito un pequeño adelanto. Voy muy bien con el ajuar de tu hija, yo creo que lo tendré terminado incluso antes de la fecha, y me preguntaba si podías darme algo por adelantado. Con una gallina me conformaría, y ni siquiera la necesito ahora, quizá para el mes que viene. Sé que las cosas no andan muy bien...

- Nada, Manuela, hombre, pensé que era algo más grave. Ya tenía yo pensado pasarme un día y hablarlo. No te preocupes de nada que tendrás tu gallina. Además, anda alguna clueca desde hace dos semanas, y va siendo hora de quitarla de en medio.

- Muchísimas gracias, Aurora.

- Pero digo yo, ¿para qué quiere Pedrito una gallina, ahora que lo pienso?

- Ya te contaré luego, Aurora, que tengo que preparar algo de comida para Pedrito, para mañana.

- Bueno, mujer, voy yo también a la faena.

Manuela sabe que tendrá que agilizar la costura para poder tener todo el ajuar de la hija de Aurora listo para primavera, pero si se queda un ratito más por las noches... amén de que es tiempo que se quitará de estar con Julián, aliciente de más. Entra en la habitación y cierra el arca con la pequeña llave. Desenfunda la cama y quita la única manta que tiene puesta, vieja y roída, para que se la lleve Julián mañana. "Si le parece le dejo la de mi madre, esa ya tiene nuevo dueño, que la sabrá valorar mejor y dar buen uso", piensa para sí. Si quita la colcha de Pedro y las sábanas, entre todo pueden dormir los dos juntos en la misma cama, con un poco de suerte el tiempo amainará un poco y les dará un respiro. Además, si duermen en la habitación de Pedro, allí no hace tanto frío, la ventana no está rota.

Se entretiene en envolver dentro de un saco la manta nueva y el paquete de trapo, como si fuera un regalo muy preciado, y sale al patio para esconderlo en el armario de la troje, donde sabe que nadie mirará. Sabe que Pedro preguntará por la manta que acaba de guardar, es muy friolero y extrañará que no haya nada para taparse un poco. Tiene que darle una buena excusa para que no sepa la verdad, no la entendería. Aún así, aún sabiendo que es por su bien, le duele hacer que su propio hijo pase frío. Cuando sale para subir las escaleras de la troje, Aurora está fuera de la casa, en su patio, pendiente, sabiendo que algo raro pasa. Manuela aprovecha para decirle que no le comente nada a Julián de la gallina que acaba de pedirle.

- Cómo voy a decirle nada, mujer, ¡si con ese hombre no se puede hablar!

- Qué me vas a decir que no sepa, Aurora.

- ¿No es muy pronto todavía para guardar ya la manta, mujer? – pregunta Aurora intrigada.

- Es para llevarla mañana – responde misteriosa Manuela mientras sube las escaleras.

Al menos tenía a alguien con quien desahogarse estos momentos. Si no fuera por Aurora, Manuela habría perdido ya casi toda la esperanza. Odia ocultarle



Jóvenes Artistas

cosas, pero ya se lo contará a su debido tiempo, mañana o pasado, cuando no esté Julián. Saca el acerico y se sienta en el solano. Con las manos ateridas por el frío y la artritis, sigue trabajando en el ajuar para la hija de Aurora.

La noche va entrando poco a poco y Manuela enciende el candil para seguir cosiendo. Ya empieza a sentirse algo nerviosa. Pedro está abajo, quiere pensar que está estudiando, y Julián...

- ¡Manuela! ¡Manuela! – Julián grita borracho desde la calle.

- Por Dios qué hombre. ¡Qué quieres Julián!

- Abre la puerta mujer, o es que no me vas a dejar entrar – Julián a duras penas se sostiene contra la jamba.

- Anda pasa, habrás comido algo ya, ¿no? Tal y como vienes estás tú como para comer algo.

- ¿Qué si he comido algo? Como voy a comer, si me tienes muerto de hambre. Yo matándome a trabajar y ¿para qué? para que mi mujer me falte al respeto por haber bebido dos chatos de vino – Julián a duras penas si puede vocalizar por la embriaguez.

- No te estoy faltando a nada, y no creo que hayan sido solo dos chatos.

- El dinero lo gano yo y me lo gasto en lo que me da la gana. Sólo faltaba que te tuviera que dar explicaciones. Tú no tienes ni puta idea de lo que cuesta ganarlo.

- Oye, que yo llevo cosiendo toda la tarde.

- Sí, ¿y te han pagado? No, porque las mujeres no podéis tener dinero. No hay dinero más malgastado que el que coge una mujer.

“Y tú me lo dices”, piensa Manuela para sus adentros.

- No digas que eso es trabajo. Trabajo es el que se paga. Esa mísera de Aurora. ¡Aurora! ¡Miserable!

- Julián, por favor – le suplica Manuela previendo lo que va a pasar. Julián sale al patio y abre la puertecilla por la que comparten el pozo con Aurora.

- ¡Miserable! ¡Desde que se murió tu marido te has vuelto una arpía! ¡Una cotilla malparida!

- ¡Julián, ya está bien, vuelve a casa! – Manuela le abraza intentando empujarle hacia dentro, o al menos evitando que se caiga al pozo, pero casi no puede ni moverle.

- ¿Qué coño sabrás tú, borracho? – contesta Aurora saliendo al patio –. Cuida de tu familia que es lo que tienes que hacer, en vez de andar como un penden-ciero, borracho y sucio. ¡Qué tendrás tú que decir de mi marido! Lo único malo que hacía ese hombre era juntarse contigo. ¡Maldito Calamorro!

- No faltes al respeto a los muertos Aurora – responde Julián en voz baja y amenazante – no faltes al respeto a las buenas personas que ya no están aquí. Marcelino era un buen hombre. Era un buen hombre – Julián hinca las rodillas en el suelo y empieza a sollozar.

- Vamos Julián, vamos dentro, anda.

Pedro mira desde la puerta cómo su madre se afana en arrastrar el peso muerto de su padre hasta la casa, y va a ayudarla.

- Disculpa de veras, Aurora. ¿Ves de lo que te hablo? Yo no aguanto más, de verdad te lo digo, yo no aguanto más.

- No tienes nada que disculpar, Manuela. Bastante tienes con lo que tienes. Hasta mañana, mujer – Aurora cierra la portezuela.

Cuatro días después la comida escasea y el frío se hace más intenso. Pedro devora el huevo y el mendrugo de pan duro. Manuela hace dos días que no come. Hoy se ha levantado temprano para acompañar a Pedrito a la escuela y, de paso, para preguntar por don Federico, el maestro.



Jóvenes Artistas

Cuando llega allí el hombre, alto, elegante, apuesto como siempre, sale por la portezuela del que había sido hasta hace bien poco hospital de guerra, ahora convertido en escuela. Se despide del niño dándole un beso de la frente y Pedrito corre a clase. Federico sonrío, como siempre.

- Manuela, pero qué alegría verla. Hace días que no veía a Pedrito, ¿qué le pasó?

- Pues verá usted, don Federico, tuvo que ir donde Marcelo, a la aceituna, ya sabe.

- Lo entiendo, Manuela, lo entiendo. No se preocupe – la disculpa Federico–. Pedrito es un chaval muy listo, no tenga duda de ello. Sé lo que ha venido a decirme. Sé que quiere usted que el niño aprenda, pero Manuela, las cosas hoy día...

- Ya sé bien como están las cosas hoy día, don Federico, ya lo sé bien. Si yo pudiera convencer a mi marido... ahora no estará casi en casa, no tiene porqué decir nada, y Pedrito podría venir alguna mañana.

- Pero Manuela, no tengo tiempo para...

- Este mes sólo puedo traerle esta manta nueva y este tocino, pero al mes que viene le traeré algo de picón y alguna gallina, ya la tengo encargada, para que pueda usted hacerse un buen caldo y un guiso. No se preocupe, Don Federico, seguro que lo solucionamos de alguna forma, ya verá usted. Dentro de poco es San Martín, y podré traer más. Pedro a lo mejor puede traerle algo de leña, y yo puedo venir a limpiarle la casa, como hasta ahora. Ya lo supieron todas las vecinas, y Julián... bueno, él todavía no sabe nada, pero ya verá como no se entera.

Manuela recuerda la paliza de hace un mes, cuando le llevó algo de carbón a don Federico y Julián se enteró. Se arma de valor y con lágrimas en los ojos levanta la mirada y dice:

- No quiero que sea otro Calamorro. ¡Necesita una educación para poder escapar de aquí!

Don Federico calla. Tras unos segundos asiente y sonrío.

- Está bien, el niño puede seguir viniendo, le daré clases, pero procure que no se entere Julián otra vez.

Manuela le abraza y llora emocionada.

- ¡Gracias don Federico!

Julián la está esperando en la calle, junto a la puerta de la escuela. Sabía que su mujer no podría resistirse, no soportaría más de una semana sin visitar a ese mujeriego, a ese bastardo que le estaba robando a su mujer, a su familia. No iba a permitir que su mujer anduviese viendo a aquél hombre, yendo a su casa a escondidas a hacer sólo Dios sabe qué. No iba a permitir que su hijo perdiera el tiempo con libros y remilgos, en lugar de trabajar y ganarse la vida honradamente. Hace un mes se lo dejó claro a su mujer, pero parece que no lo entendió. Ahora sí lo haría.

- ¡Manuela!

- Julián, tú no deberías estar aquí, estabas con Eusebio, ¿qué ha pasado? – Manuela borra la sonrisa con la que salió de la escuela y palidece de miedo.

- ¡Furcia! Ya te lo advertí una vez. Vamos a casa.

- Julián, déjame que te lo explique. El niño es muy listo, y...

- ¿Crees que yo soy tonto? Sabía que vendrías aquí, sabía que volverías con ese cabrón malparido para que te diese candela – Julián coge a su mujer fuertemente del brazo y camina para casa –. Pero no volverás, sabe Dios que no se te volverá a pasar por la cabeza. No seré el hazmerreír de este pueblo. No te permitiré que me faltes al respeto. No te lo consentiré.

Cuando Manuela despierta a la mañana siguiente, no desea otra cosa más que ver a su hijo. Cuando le abraza entonces los golpes ya no duelen, las heridas cicatrizan. Cuando le besa entonces todo vuelve a tener sentido. Ella vuelve a ser madre, vuelve a ocupar su lugar en el mundo, un espacio que nadie ni nada podrá arrebatarse. Su hijo saldrá de allí, escapará de las garras de su padre. Y si ha de dar su vida para ello, entonces sería un precio que estaría más que dispuesta a pagar. Pone



Jóvenes Artistas

un poco de manteca en el fuego y llama esperanzada a su hijo.

- ¡Pedrito!, ¡Pedrito!

- Sí madre.

- Corre, ve anca Juan y pídele el libro de la escuela.

- Lo tengo aquí madre.

- Qué bien hijo. Siéntate conmigo y léemelo un rato.

Manuela sabe que este año no habrá picón, no tendrá manta, y hasta San Martín no habrá casi comida. Sabe que su marido la vigilará cada día con sus puños. Pedro recita el curso del Tajo con una cancioncilla.

- Aranjuez, Toledo, Talavera y Santarém.

Si ella pudiera ir con él en una barca, escapar con Pedrito, y pasar por Toledo, por Aranjuez, por Badajoz, ¡por Portugal!

¡Si Manuela supiera leer!